

veces por semana, y justamente á la hora del crepúsculo. Toots no encontró oportunidad de saber más en aquella ocasión, pero lo que había visto fué bastante para producirle una profunda impresión, pues luego de las usuales cortesías aún se atrevió por dos veces á preguntar á mistress Pipchin cómo estaba. La irascible vieja se imaginó que aquella era una ofensa premeditada y una diabólica invención del criado corto de vista. De modo, que aquella misma noche dirigió una formal queja al doctor Blimber, el cual previno á su criado que, si otra vez acontecía semejante cosa, se vería obligado á despedirle de la casa.

Como se iban haciendo largas las tardes, Pablo subía á su cuarto y se asomaba á la ventana para ver pasar á su hermana todos los días á hora fija. Si pasaba Florencia y no estaba su hermano, volvía á pasar hasta que por fin se veían. Aquel mutuo reconocimiento era como un rayo de sol en el alma de Pablo. Á menudo también, á la caída de la tarde, otra persona se paseaba sola ante la casa del doctor. Pocas veces se presentaba ahora de visita los sábados; ya no se atrevía: prefería vagar como un desconocido, mirar á las ventanas de la habitación de su hijo, donde éste iba adquiriendo las cualidades de hombre; y allí esperaba, velaba, formaba planes, concebía esperanzas.

¡ Ah, mas si hubiese podido ver, ver como los demás, á aquel débil muchacho, pasear, á la caída de la tarde, sus ojos inflamados por las olas y el cielo! ¡ Si le hubiese visto asomarse ansioso á la ventana de su jaula solitaria, cuando los pájaros revoloteaban cerca de ella y como si él también quisiera imitarlos y tender libremente las alas!...

CAPÍTULO XIII

INFORMES POR VÍA MARÍTIMA Y ASUNTOS COMERCIALES

Las oficinas de mister Dombey estaban situadas en una travesía. Una frutería, tienda ya viejísima, ocupaba la esquina. En el arroyo, á derecha é izquierda, estacionaban todo el día, de diez á cinco, una porción de vendedores ambulantes que ofrecían á los transeuntes zapatillas, cuadernos de apuntes, esponjas, collares para perros, jabón de Windsor y algunas veces un perro de caza ó un cuadro al óleo.

El perro de caza venía allí á causa de la proximidad de la Bolsa, pues sabido es que la caza, por ser afición de gente rica, se halla muy al uso entre bolsistas. Los demás artículos se dirigían al público en general; pero nunca se ofrecían los vendedores á mister Dombey. Cuando éste aparecía, los vendedores le dejaban paso con respeto. El principal de ellos, que era el de los collares para perro, y que se consideraba á sí mismo con cierto carácter público, por estar expuesto su retrato á la puerta de la casa de un artista en la plaza de Cheapside, se llevaba la mano al sombrero cuando pasaba mister Dombey. El recaudero, estaba en su puesto por no tener ningún encargo que cumplir en aquel momento, no dejaba de

apresurarse á abrir la puerta de la oficina para que entrara mister Dombey, plantándose con el sombrero en la mano hasta que pasaba tan alto personaje.

Los empleados no se quedaban atrás en aquellas demostraciones de respeto. Un solemne ¡ chis ! preveía el paso de mister Dombey hacia su despacho. El ingenioso de la casa se quedaba mudo en aquel instante, tan en silencio, como la larga fila de cubos del servicio de incendios, colgados detrás de él. La escasa luz del día, que sin fuerza penetraba por los cristales de las ventanas y claraboyas dejando un sedimento negro, hacía ver los libros, registros y papeles, con las figuras encorvadas encima de ellos, envueltos en un ambiente de estudio y, abstraídas, al parecer, del mundo, como si se hallasen reunidas en lo más profundo del mar. Luego en una oscura perspectiva, se destacaba un cuartito húmedo en el que constantemente se encontraba encendida una lámpara y que pudiera haber representado la carrera de algún monstruo marino, que con un ojo colorado miraba aquellos misterios del océano.

Cuando Perch, el mozo de almacén, que tenía su sitio en una especie de tarima, como la peana de un reloj, veía entrar á mister Dombey — ó más bien adivinaba que había entrado, gracias á una especie de instinto de la aproximación, — corría al cuarto de mister Dombey, removía la lumbre, sacaba del cubo unos buenos pedazos, ponía á secar el periódico sobre la pantalla de la chimenea, rectificaba la posición de la silla y daba media vuelta en el instante en que aparecía mister Dombey, saliendo entonces á su encuentro para recibir la capa y el sombrero, que colgaba en la percha. Luego cogía Perch el periódico, le daba dos ó tres vueltas teniéndolo extendido de-

lante de la lumbre, lo doblaba y, con señales de la mayor reverencia, lo ponía en manos de mister Dombey. Y tan natural le parecía á Perch aquellas manifestaciones reverentes, que no hubiera tenido inconveniente en echarse á los pies de mister Dombey, si tal hubiera sido la costumbre, ó en darle algún título de aquellos usuales para el califa Harum-al-Raschid; y seguramente le habría complacido mucho.

Pero como estos honores hubieran constituido una innovación, Perch se contentaba con expresar lo mejor que podía : « Eres luz de mis ojos ; eres alma de mi existencia ; eres el Comentador del creyente Perch ». Luego de darse esta imperfecta satisfacción, salía del cuarto cerrando suavemente la puerta, andando con la punta de los pies y dejando solo al gran jefe, sin que para admirarle quedasen más que las chimeneas y las traseras de las casas y especialmente una ventana de un salón de peluquería, situado en el piso primero y que nunca le perdía de vista. Allí se percibía una figura de cera, por la mañana con la cabeza ornada de cabellera espléndida, peinada á la última moda cristiana : pero jamás aquella cabeza consentía en mostrarse á la ventana más que vista de espaldas.

Entre mister Dombey y la gente común que no pasaba de la oficina donde estaban los empleados — oficina cuya frialdad sin duda se debía á la influencia del glacial despacho de mister Dombey — se hallaban escalonados dos zonas intermedias : en la primera zona, mister Carker, en su propio despacho : en la segunda mister Morfin, también en su despacho. Cada uno de estos señores ocupaba una habitacioncita, como cuartos de baño, con puerta al mismo pasillo por donde se entraba al despacho de mister

Dombey. Mister Carker, como gran visir, ocupaba el cuarto más inmediato al del sultán. Mister Morfin, como oficial de grado menos elevado, ocupaba el cuarto más próximo á los empleados.

Era mister Morfin un caballero de semblante alegre, ojos pardos y edad madura. De medio cuerpo arriba vestía de negro, pero las piernas eran de color como sal y pimienta. En su cabello oscuro habia algunas manchas cenicientas, como si el tiempo, al pasar, los hubiese manchado : sus patillas eran ya blancas. Tenía gran respeto á mister Dombey y le tributaba el debido homenaje; pero como su propio temperamento era alegre no se sentía nunca á gusto en presencia de aquel solemne personaje. Ni estaba inquieto ni celoso por las frecuentes conferencias que mister Carker celebraba con mister Dombey, más bien experimentaba una satisfacción íntima al no verse en la necesidad de exponerse, sino pocas veces, á tales distinciones. Grande era su afición á la música — después de la oficina — y tocaba con paternal afecto el violonchelo. Una vez por semana los miércoles llevaba su violonchelo de Islington, su residencia habitual, á un club que estaba cerca del Banco, y donde se reunía con otros aficionados para tocar á cuarteto, las piezas más extraordinarias y complicadas.

Mister Carker tenía de treinta y ocho á cuarenta años, la tez sonrosada, con dos filas de dientes cuya blancura y regularidad no perdonaban á nadie. Era imposible excusarse de verlos, porque mister Carker no hablaba nunca sin exhibirlos, haciendo uso para ello de una sonrisa (especialísima que no pasaba de los labios) y era como mueca de un gato. Ostentaba una corbata blanca, estirada, á ejemplo de su

principal : su ropa ceñida, sin arrugas y siempre rigurosamente abrochado. Sus funciones, cerca de mister Dombey eran desempeñadas con la mayor exactitud y con sumo acierto. Su tono para con mister Dombey revestía cierta familiaridad no extremada, que sabía conservar las distancias. « Mister Dombey, entre un hombre en la posición que usted ocupa y un hombre en la mía, no hay muestras de subordinación compatibles con las transacciones comerciales que me parezcan suficientes. Prefiero manifestárselo con entera franqueza. Reconozco que no corresponderían nunca á mis deseos : sábelo el cielo. Excúseme usted, pues de intentarlo. » Si mister Carker hubiera llevado consigo un cartelón en el que constaran estas palabras y de manera que mister Dombey las hubiera tenido constantemente á la vista, no habría sido Carker más explícito.

Tal era Carker, el jefe. Pero habia otro Carker en la dependencia de mister Dombey; mister Carker, el ínfimo, amigo de Wálter, hermano del jefe, mayor que éste en dos ó tres años, pero en situación sumamente inferior : un hermano estaba en lo más alto de la jerarquía y otro hermano en la parte más baja. El hermano mayor no ascendía jamás, no levantaba el pie siquiera para subir un escalón. Los principiantes le dejaban muy pronto atrás y subían, subían, mientras que él se quedaba siempre en el fondo. Estaba completamente resignado á ocupar aquella humilde situación y nunca se quejaba por ello : nunca, tampoco, esperaba salir de ella.

— ¿Cómo está usted esta mañana? — dijo mister Carker el jefe, entrando en el despacho de mister Dombey, poco después de llegar éste, y con una porción de papeles en la mano.

— ¿Y usted, Carker, va bien? — dijo mister Dombey levantándose del sillón y poniéndose de espaldas á la lumbre. — ¿Tiene usted algo que comunicarme?

— Poca cosa : no vale la pena de que se moleste; — repuso Carker, hojeando los papeles que traía en la mano.

— Tiene usted junta esta tarde, á las tres, no lo olvide; — añadió mister Carker.

— Y otra á las tres y tres cuartos; — dijo mister Dombey.

— Positivamente no se da el caso de que se le olvide á usted algo; — repuso Carker volviendo á examinar los papeles. Y añadió :

— Si su señor hijo hereda la memoria de usted tendrá que andar bien derecha la casa : uno como usted basta.

— También usted tiene muy buena memoria; — dijo mister Dombey.

— ¡Oh! en mí no significa nada; — contestó Carker; — eso forma parte del capital de un hombre de mi condición.

No disgustó á mister Dombey la lisonja; pero siguió impasible, ceremonioso, apoyado en la chimenea y contemplando de arriba abajo á su empleado (que, por supuesto, parecía no enterarse). La pulcritud y severidad con que éste iba vestido, la arrogancia de sus maneras, natural ó imitada de algún modelo que no estaba lejos, hacían resaltar más aquella humildad. Producía la sensación de un hombre capaz de luchar contra un poder y de vencerle, si quería; pero que se consideraba como aterrado y sumiso ante la superioridad de mister Dombey.

— ¿Está Morfin? — preguntó mister Dombey después de una pausa durante la cual mister Carker

había examinado sus papeles y leído, algunas líneas en voz baja.

— Morfin está : — contestó Carker alzando la vista y sonriendo; — está tarareando no sé qué temas musicales, reminiscencias de su cuarteto de anoche, supongo. Estoy oyéndole á través del tabique y aseguro á usted que se me ha puesto gran dolor de cabeza : desearía que pusiera fuego á su violonchelo é hiciera una hoguera con él y sus libros de música.

— No respeta usted á nadie, Carker, me parece; — dijo mister Dombey.

— ¿No? — repuso Carker, mostrando con felina sonrisa sus dientes. — Tratándose de algunas gentes, es verdad. Y aun — añadió como hablando consigo mismo — creo que en el mundo no hay más que una persona á quien efectivamente respeto.

Peligrosa condición ésta, caso de ser cierta. Y peligrosa condición también si mentía. Pero mister Dombey no pensaba, probablemente, en ello, y siguió de espaldas á la lumbre, mirando á su empleado con su altanería de siempre y hasta dejando entrever una altivez mayor que de costumbre.

— Á propósito de Morfin; — dijo mister Carker separando un papel; — me informa de que ha muerto un joven en la Agencia de la Barbada y propone que se reserve pasaje en el *Hijo y Heredero* para el sucesor. Creo que el barco no partirá hasta dentro de un par de meses. Supongo que no le interesará á usted que vaya allá una ú otra persona : no hay aquí quien pueda ir á las Barbadas.

Mister Dombey se encogió de hombros con la mayor indiferencia.

— El sueldo no es notable; — añadió mister Carker escribiendo algunas palabras al dorso del papel. —

Mister Morfin podrá obsequiar con este empleo á algún huérfano sobrino de alguno de sus amigos músicos. Así se le quitarán al candidato las aficiones musicales, si es que las tiene... ¿Quién es? Adelante!

— Dispense usted; — dijo Wálter entrando, — no sabía que estaba usted aquí.

Wálter traía algunas cartas que acababan de llegar por correo. Y dirigiéndose á Carker, continuó su disculpa :

— Mister John Carker me había asegurado...

Al oír el nombre de su hermano, Carker el jefe se estremeció como si constituyera una humillación para él. Fijó su vista en mister Dombey, inquieto y como solicitando excusas, y luego bajó los ojos y se quedó mirando al suelo y silencioso un momento.

— Me parece, señor mío; — dijo de pronto volviéndose á Wálter, — haberle encargado antes de ahora que no mezcle el nombre de mister Carker en la conversación.

— Dispense usted; — tornó á decir Wálter, — lo que yo quería manifestar es que, según mister Carker, usted había salido y que por esta razón no podía yo suponer que estaba usted en conferencia con mister Dombey. Sin esto, no me hubiera permitido tocar á la puerta. Aquí hay unas cartas para mister Dombey.

— Está bien; — repuso mister Carker el jefe cogiendo violentamente las cartas. — Vuelva usted á su puesto.

Pero al coger las cartas con tan escasa ceremonia, mister Carker dejó caer una sin advertirlo. Tampoco se enteró mister Dombey de que tenía aquella carta á sus pies. Wálter vaciló un instante, dudando de si uno ú otro se habría enterado; pero viendo que no, se

volvió atrás, recogió la carta del suelo y la puso él mismo encima de la mesa. Justamente era una carta de mistress Pipchin, el informe que remitía todas las semanas; y como mistres Pipchin se desinteresaba bastante de la escritura, el sobrescrito era de letra de Florencia. Fijó mister Dombey su atención en la carta puesta por Wálter en la mesa é inmediatamente la cogió mirando al muchacho con ira como si pensara que Wálter había separado expresamente aquella carta.

— Puede usted retirarse; — dijo mister Dombey altavero.

Y arrugando con sus dedos la carta, siguió con la vista á Wálter hasta que le vió salir del despacho.

— Me ha dicho usted que necesita alguien para las Barbadas; — dijo mister Dombey á Carker.

— Sí, señor; — contestó Carker.

— Envíe usted á Gay.

— Perfectamente. Nada más fácil; — dijo Carker sin manifestar la menor sorpresa y escribiendo algunas palabras al dorso de la carta que había sacado antes. — Enviase á Gay.

— Digale usted que venga; — añadió mister Dombey.

Carker obedeció en el acto, y un momento después estaba de nuevo Wálter en el despacho.

— Gay; — le dijo mister Dombey dirigiéndole apenas una mirada por encima del hombro, — hay un...

— Un empleo; — dijo Carker estirando la boca hasta el extremo.

— En las Indias Occidentales, en la Barbada. Voy á enviarle á usted allá; — dijo mister Dombey. Y, dignándose desfigurar la verdad, añadió:

— Es una situación para un joven ese puesto de

nuestra agencia en la Barbada. Diga usted de mi parte á su tío que he elegido á usted para ir á las Indias Occidentales.

Wálter, enteramente sobrecogido de sorpresa, no pudo contestar más que repitiendo las últimas palabras : ¡ Indias Occidentales !

— Alguien ha de ir ; — dijo m^{is}ter Dombey. — Usted es joven, tiene salud, la situación de su tío no es buena. Diga usted á su tío que está usted nombrado ; pero no partirá usted en seguida : hasta dentro de un mes ó dos acaso.

— ¿ Me quedará allí ? — preguntó Wálter sin rehacerse aún de su sorpresa.

— ¿ Que si se quedará usted ? — repuso m^{is}ter Dombey volviéndose algo hacia Wálter. — ¿ Qué quiere usted decir ? ¿ Qué quiere decir, Carker ?

— Para habitar ; — contestó débilmente Wálter.

— Ciertamente ; — añadió m^{is}ter Dombey.

Wálter se inclinó.

— Nada más ; — dijo m^{is}ter Dombey recogiendo las cartas. — Por supuesto, Calker, usted le dará las instrucciones necesarias á su debido tiempo. No tiene que esperar, Carker.

— No tiene usted que esperar, Gay ; — repitió Carker.

— Á no ser que quiera objetar algo — añadió m^{is}ter Dombey suspendiendo la lectura de una carta y como disponiéndose á escuchar.

— No, señor ; — contestó Wálter agitado y confuso, aturdido por la infinita variedad de imágenes que se ofrecían repentinamente á su imaginación. En medio, en primer término, estaban el capitán Cuttle, mirándole, con su sombrero de hule en la mano, atónico,

en casa de Mac Stinger, y su tío llorando por su marcha en la habitacioncita de la tienda.

— Yo, señor... no sé cómo... agradecer á usted...

— No tiene que esperar, Carker ; — dijo m^{is}ter Dombey.

Y como m^{is}ter Carker volvió á repetir estas palabras, recogiendo al mismo tiempo sus papeles como para marcharse él también, comprendió Wálter que permanecer allí más tiempo seria una intrusión imperdonable — especialmente no teniendo nada que decir ; — y se retiró como aturdido.

Siguiendo el pasillo en aquel estado de desesperanza y abandono, oyó que se cerraba la puerta del despacho de m^{is}ter Dombey, y que m^{is}ter Carker venía detrás de él y le llamaba :

— Haga usted el favor de venir á mi despacho con el señor Carker, su amigo.

Entró Wálter en la oficina, comunicó á Carker la orden de su hermano, dejó aquél su sitio que en un rincón del escritorio ocupaba, y los dos convocados se presentaron en el despacho de Carker el jefe.

Hallábase éste dando espaldas á la chimenea, las manos recogidas detrás de la cintura, mirando por encima de su corbata blanca, de manera tan poco tranquilizadora como pudiera hacerlo el mismo m^{is}ter Dombey. Los recibió sin cambiar en nada su actitud y conservando la sombría expresión de su rostro ; únicamente hizo seña á Wálter de que cerrara la puerta.

— John Carker — dijo el jefe volviéndose á su hermano y mostrando las dos hileras de dientes como para morderle, — ¿ qué liga ha formado usted con este joven para perseguirme y acosarme con la repetición de su nombre ? ¿ No basta, John Carker, con

ser pariente suyo y no poderme desprender de esa...

— ... De esa deshonra, James; — interpuso John Carker con voz apagada, al ver que su hermano buscaba una palabra.

— Sea, esa deshonra; — asintió enfáticamente su hermano. — Pero, ¿ es preciso irlo proclamando, pregonando á son de trompeta en presencia del dueño de esta casa? ¿ Hasta en los momentos de conferenciar? ¿ Piensa usted que su nombre encaja bien, precisamente, para unido con la idea de confidencia?

— No, James; — contestó su hermano. — Dios sabe que no tengo semejante idea.

— ¿Cuál es su idea, entonces? — dijo el jefe. — ¿ Por qué se interpone usted, usted mismo, en mi camino? ¿ No me ha ofendido usted ya bastante en su vida?

— No te he ofendido nunca á sabiendas, James.

— Es usted mi hermano; — dijo el jefe. — Me parece que, como injuria, sobra.

— Esa ya no puedo evitarla, James. Bien quisiera evitarla.

Durante esta conversación, Wálter miraba á uno y otro hermano con penosa sorpresa. De aquellos dos hermanos, el mayor en edad y menor en empleo, permanecía con la cabeza baja, mirando al suelo, sufriendo la reprensión del otro. Más amargo era aquello por el tono con que Carker hablaba, por la mirada con que acompañaba sus palabras y por la presencia de Wálter, que no podía ocultar su gran sorpresa y su sentimiento viendo que John no se defendía y únicamente levantaba su mano derecha como diciendo por señas: « perdóname ». Y él, hombre de corazón, estaba allí, sujeto por una fuerza poderosa, vencido

por el sufrimiento. ¡ como si se encontrase delante del verdugo!

Generoso y vivo en medio de su gran emoción, considerándose él mismo como causa inocente de aquella escena, Wálter intervino con toda la emoción que experimentaba.

— Mister Carker; — dijo dirigiéndose al jefe, — la falta es enteramente mía, de nadie más que mía. He cometido una torpeza, que nunca censuraré bastante, pronunciando más de lo debido el nombre de mister John Carker, á pesar de las órdenes de usted; pero la culpa la tengo yo solo. Nunca hemos cruzado ni una palabra sobre esto — y, en verdad, apenas sobre ninguna otra cosa. Mas no ha sido este — añadió Wálter después de una ligera pausa — simple aturdimiento de mi parte; es que siempre me ha inspirado interés mister John Carker, y no podía menos de mencionarle alguna vez cuando pensaba en él tantas veces.

Wálter decía esto con gran sinceridad, de todo corazón, pues mirando aquella cabeza baja, aquellos ojos humillados, aquella mano suplicante, pensaba. ¡ Así lo siento, y no puedo menos de decirlo en favor de este hombre sin amigos y anonadado!

— En realidad, usted ha huído siempre de mí, señor Carker; — dijo Wálter con lágrimas en los ojos; tan emocionado se hallaba. — Lo he comprendido, con gran sentimiento mío. Desde que entré aquí, y siempre, estoy seguro de haber hecho cuanto era posible por ser su amigo, hasta donde mi edad me lo permitía, y no lo he conseguido.

— Y observe usted — dijo Carker el jefe — que tampoco lo conseguirá usted en lo sucesivo, aunque persista en llamar la atención de las gentes sobre

míster John Carker. No es esta la manera de complacerle á él mismo; pregúntele usted si es verdad.

— No me favorece; — contestó John, — y lo único que produce es suscitar conversaciones como la presente, que bien hubiera yo querido evitar. No hay mejor amistad para mí — dijo muy claramente como queriendo dejar bien impresas en Wálter estas palabras — que la que consiste en olvidarme, en dejarme seguir mi camino sin preguntarme ni reparar en mí.

— Como la memoria de usted no retiene sino lo que le dicen los demás; — añadió el jefe Carker dirigiéndose á Wálter y calentándose las espaldas con gran satisfacción; — me alegro mucho de que lo oiga usted de la mejor autoridad en la materia — y señaló á su hermano. Me parece que ahora no lo olvidará usted. Es todo lo que tenía que decir. Puede usted retirarse.

Wálter había pasado de la puerta, é iba á cerrarla por fuera, cuando oyó que los dos hermanos seguían hablando y hacían mención de su nombre; quedóse con la mano en el picaporte sin saber qué haría, si debería entrar ó salir. En aquel momento indeciso se enteró, sin querer, de lo que decían.

— Procura ser menos duro conmigo, si puedes, James; — dijo John. — Tengo grabada aquí mi historia, escrita en mi pecho, y mi corazón se ha estremecido al ver, desde el primer momento á este joven, á Wálter Gay, que ha sido como verme á mí mismo.

— ¡ Á ti mismo ! — repuso James, desdeñoso.

— Á mí mismo, no como ahora, sino como lo era cuando entré en esta casa, tan joven, tan franco, tan inexperto, llena el alma de fantasía y de aventuras, con iguales cualidades que este joven, con iguales capacidades para tornar en bien ó en mal.

— Esperemos que no; — dijo James de una manera irónica.

— Tienes dura la mano; cuando hieres, profunda es la herida que causas; — contestó John, que hablaba como si alguna cruel arma le hubiera atravesado el pecho. — Pensaba de este muchacho todo lo que he dicho: lo creía y esta creencia formaba parte de mi ser. Por esto, cuando le he visto caminar, descuidado, por la orilla de la profunda sima, por donde tantos van alegremente y en la cual...

— Disculpa vieja; — interrumpió James, removiéndole la lumbre. — ¡ Por donde tantos van ! Donde tantos caen.

— Uno nada más ha caído; — contestó John, — que avanzó por el mismo camino que lleva este joven, y que era tan cándido como lo es éste, que dió un mal paso y otros después, deslizándose poco á poco hasta que se encontró en el fondo, destrozado y perdido. Piensa lo que he tenido que sufrir observando á este joven.

— No puedes culpar á nadie más que á ti; — repuso James.

— Á mí solo — asintió John. — Y no pienso compartir la censura con nadie.

— Pero sí la deshonra; — interrumpió James entre dientes. Y entre tantos dientes apretados resonaban bien sus palabras.

— ¡ Ah ! James — añadió John expresándose por primera vez con acento de reproche y pareciendo por el acento de su voz, que se había tapado la cara con las manos, — desde aquel día he sido para ti un caído muy útil: me has puesto el pie encima libremente para subir á donde estás; no golpees, además, con los talones.

Siguió un momento de silencio. Después se oyó el remover de papeles por mister Carker, como si hubiera resuelto poner término á la entrevista. Al poco tiempo John Carker se acercó á la puerta.

— Voy á terminar — dijo. — Le he observado, con gran temor, y no ha sido este el menor castigo para mí, hasta que ha pasado por el lugar donde yo di mi primera caída y entonces, aunque hubiera sido yo su padre, creo que no hubiera dado gracias á Dios con mayor consuelo. No me atrevía á prevenirle ni á darle consejos; pero si hubiera visto motivo para ello no habría vacilado en darle á conocer mi ejemplo. Temía yo que si me veían hablar con él creyesen que le daba malos consejos, que trataba de instruirle y pervertirle: tal vez temiendo que fuera así efectivamente. Tal vez mi mal es contagioso: no lo sé. Mi historia guarda relación con la de Wálter Gay; y por necesidad había de suscitar los pensamientos que me inspira. Júzgame con mayor severidad. James, si es posible.

Dichas estas palabras salió John Carker al pasillo. Allí estaba Wálter con quien se encontró cara á cara. Púsose algo pálido y más aún cuando Wálter, cogiéndole la mano, le dijo en voz baja:

— Señor Carker, permítame usted que le dé gracias. Permítame que le manifieste lo mucho que siento haber sido causa de todo esto. Considero á usted como mi protector y custodio. Mucho, mucho estoy á usted agradecido, y mucho también le compadezco.

Diciendo esto Wálter le apretaba las manos sin darse cuenta en su agitación, ni de lo que hablaba ni de lo que hacía.

En el cuarto de mister Morfin no había nadie: la puerta se encontraba de par en par abierta: en el

pasillo podían encontrarse con gente; movidos por la idea entraron ambos en el cuarto de Morfin. Entonces notó Wálter en el rostro de Carker las huellas de emoción y el gran cambio sufrido.

— Wálter; — dijo apoyando una mano en el hombro del joven. — Estoy muy alejado de usted y siempre lo estaré. ¿Usted quiere saber quién soy?

— ¡Quién es usted! — exclamó Wálter mirando con atención á su interlocutor.

— Ya había empezado — dijo Carker — antes de los veintidós años; me encaminaba á ello desde mucho antes; pero, en realidad, no di principio hasta dicho tiempo. Robé cuando tenía esta edad; robé después. Antes de mis veintidós años se supo todo y desde entonces, Wálter, he muerto para la sociedad.

Los temblorosos labios de Wálter iban á decir algo, pero no pudieron articular palabra.

— El principal de la casa fué muy bueno para conmigo. ¡Ojalá haya encontrado el anciano la debida recompensa en el cielo! Y á su hijo también, prémiele Dios, al actual dueño de esta casa, que entonces acababa de entrar en la sociedad á la que inspiraba yo grande confianza. Me llamaron á ese despacho, que es ahora de mister Dombey y salí de él siendo lo que soy al presente. Desde hace muchos años estoy sentado en el mismo sitio, solo siempre, y por esto vivo. El tiempo ha borrado ya alguna parte de mi triste expiación, pues excepción hecha de los tres jefes de esta casa, no creo que haya quien la conozca por entero. Antes de que el niño Dombey llegue á hombre y conozca á su vez esta historia probablemente estará vacío mi sitio. ¡Quiera Dios, Wálter! guardarle á usted y á los suyos, en el honor ó si no antes le dé muerte.

Un estremecimiento por todo el cuerpo, una sensación de intenso frío, lágrimas en los ojos; esto es lo que más tarde recordó Wálter que había tenido al escuchar el relato de John Carker.

Luego Wálter vió á éste sentado á su pupitre, tan silencioso, decaído y humilde como antes. Le observó en su trabajo y comprendió que evidentemente había resuelto no volver á conversar con él: entonces comenzó Wálter á pensar en todos aquellos acontecimientos que en tan poco tiempo se habían desarrollado. No se trataba únicamente de la historia de ambos Carker, sino de aquella orden de marchar á las Indias occidentales, de tener que separarse de su tío Solomón y del capitán Cuttle, de no volver á encontrar á Florencia — no, no Florencia, sino Pablo, quiso decir en su mente, — renunciar, en fin, á todo lo que en el curso de su vida le inspiraba amor, cariño, afecto.

Pero era cierto: en poco rato se había divulgado por la oficina, hasta la entrada. En efecto, mientras Wálter, con el corazón entristecido, los codos en la mesa y la cabeza entre las manos, pensaba en todo aquello, Perch, el mozo de almacén, bajó de su peana de caoba, se acercó á Wálter y dándole una palmadita en el codo le dijo al oído que le dispensase, pero que, cuando estuviera en su destino, se sirviera remitirle un tarro de jengibre, que no fuera muy caro, pues serviría mucho para que su mujer, próxima á dar á luz, recuperase fuerzas.

CAPÍTULO XIV

PABLO, CADA DÍA MÁS AVIEJADO, VA Á PASAR LAS
VACACIONES EN SU CASA

Cuando las vacaciones de verano se aproximaban, no se complacían en manifestaciones ruidosas los distinguidos y apacibles jóvenes en casa del doctor Blimber reunidos. No conocían la violenta expresión de ¡vámonos! que hubiera sido impropia de un centro de instrucción tan selecto. Los jóvenes pasaban en su casa la temporada del estío, pero no se iban á ellas, como si dijéramos, escapados; no había tal cosa.

Tozer, que estaba constantemente despellejado y atormentado por el corbatín blanco almidonado, conforme á los expresos deseos de mistress Tozer, empeñada en que su hijo siguiera la carrera eclesiástica y en prepararle á ella con tiempo, Tozer decía que, en efecto, si le fuera posible escoger entre dos males mejor que ir á su casa, preferiría quedarse en el colegio. Y esta declaración era sincera, por más que aparecía contradicción con el discurso del mismo Tozer sobre las vacaciones, por aquellos días compuesto, y en el que decía que « la idea del hogar doméstico despertaba en su mente placenteras emociones y es-